

Retórica de la argumentación y retórica de las figuras: ¿hermanas o enemigas?

[1]

J. M. Klinkenberg
(Grupo μ , Universidad de Lieja)

1. Dos retóricas

1.1. ¿Cuál es "nueva"?

Cualquiera que utilice la palabra *neorretórica* sabe que constituye una simplificación engañosa. Efectivamente, hay dos retóricas contemporáneas y las dos se llaman nuevas. Por un lado, hay una *retórica de la persuasión* cuya partida de nacimiento es, sin duda alguna, la publicación por Chaïm Perelman y L. Olbrechts-Tyteca del *Traité de l'argumentation*, que apareció en 1958 con el subtítulo de *La Nouvelle Rhétorique*. Por otro, hay una *retórica de las figuras*, cuya partida de nacimiento es ligeramente más tardía, pero que se calificará también de "nueva". Como Alain Lempereur recuerda en un artículo que tendré ocasión de citar en muchas ocasiones, cuando Ricoeur redacta su libro *La Métaphore vive*, designa su trabajo y el de sus antecesores como constitutivos de una "nueva retórica". Más cerca de nosotros, durante un coloquio de retórica que tuvo lugar en Cádiz en 1993, fui sorprendido –sin serlo excesivamente– al constatar que un periodista no había dudado en dar al Grupo μ , del que se me consideraba representante, y que había ilustrado la retórica de las figuras desde 1967, el nombre de "*Grupo retórica nueva*".

Estas dos neorretóricas han evolucionado de manera autónoma, ignorándose mutuamente, incluso negándose. Cuando aparece, en 1970, el mítico número 16 de la revista *Communications*, consagrado al tema *Recherches rhétoriques*, el bibliógrafo no duda en indicar que la originalidad de la tentativa de Perelman es "se situer en marge de la plupart des reprises modernes de la rhétorique" (Lacoste, 1970, p. 235).

1.2. Tres oposiciones: objetos, conceptos, generalidad

Estas dos retóricas pueden ser, pues, enfrentadas una a la otra y, a título pedagógico, voy a hacerlo aquí de una manera, sin duda, algo caricaturesca. Caricaturesca, puesto que mi objetivo final será mostrar que estas dos neorretóricas están menos alejadas entre sí de lo que parece. Su oposición puede ser establecida desde tres puntos de vista: según el objeto de estas dos disciplinas, según sus conceptos centrales y según su estatuto epistemológico.

La primera neorretórica se consagra al estudio de los mecanismos del discurso social general y a su eficacia práctica. Sus campos de aplicación han sido primero, sobre todo, la propaganda política o comercial, la controversia jurídica, e incluso la discusión filosófica. En cuanto a la segunda neorretórica, en sus inicios, se ha consagrado al estudio de los mecanismos internos de la producción literaria, y, sobre todo, poética. Se ha dado, pues, esencialmente un rostro estético.

En la primera neorretórica, los conceptos centrales son los *esquemas* o procesos generales de la argumentación, a los cuales volveremos. En la segunda, son las *figuras*, y, sobre todo, las figuras semánticas: esta segunda neorretórica constituye así una

retórica de los tropos o *tropología*.

Finalmente, se pueden oponer las dos neoretóricas tomando sus estatutos epistemológicos como criterio: la primera tiene una vocación social y se preocupa de objetos comunes. Se interesa por lo idéntico y rechaza fuera de su campo de interés lo que puede ser considerado excepcional, incluso lo raro. La segunda se preocupa de lo que aparece primero como lo excepcional. La literatura es en efecto un lugar de rupturas. Y la figura es a menudo definida como un desvío en relación con la manera de expresarse considerada normal. Si esta segunda neoretórica parece rechazar algo, es lo banal. Es un punto fundamental, sobre el que volveré.

1.3. La tradición y la herencia

Una cosa es cierta: la primera neoretórica está más próxima a descubrir especulativamente lo que, en cada caso, puede ser propio del "persuadir" y su estudio lleva a abarcar todos los elementos y todas las disciplinas que concurren en el conocimiento del contexto persuasivo, de la lógica (con las pruebas) a la psicología (con el pathos). Con la teoría de los tres discursos –que se caracterizan, cada uno de ellos, por un tipo de acto social, por un criterio de logro o de pertinencia de este acto, por la preferencia por una cierta perspectiva temporal y por la preferencia por una cierta técnica discursiva–, Aristóteles puede ser considerado como el antepasado de una sociosemiótica totalizante.

La escuela perelmaniana, principalmente representada hoy por Michel Meyer, reformula de una manera moderna y sintética estos objetivos: se presenta a menudo como el estudio de la negociación de la diferencia y de la distancia por medios simbólicos. En efecto, una diferencia radical es inconcebible: sería negación de todo intercambio, incluso alienación; por el contrario, la abolición de la distancia que conduce a la fusión total, sería también negación de la comunicación, pues vuelve a ésta inútil (se sabe que algunos gemelos sufren un tipo de afasia que tiene allí su origen). Una comunicación postula la existencia entre los interlocutores de una distancia, distancia cuya amplitud es modulable. Dicho de otra manera, en todo intercambio humano hay un terreno común, pero también elementos de diferencia. En términos de conjuntos, la comunicación supone una intersección y zonas de exclusión recíproca entre los mundos del emisor y del receptor, así como una negociación de esta intersección. Veremos más adelante la importancia de todo esto.

Mi objetivo es examinar aquí las relaciones entre la retórica de la argumentación y la retórica de las figuras. Se verá enseguida que sus objetivos y sus métodos no están tan alejados unos de otros como se ha querido decir, y que la evolución reciente de las disciplinas que los fundan no puede más que acercarlos más.

2. La reducción histórica

Pero antes, no será quizás inútil hacer un segundo y rápido repaso histórico, para ver cómo, a partir de la síntesis aristotélica, se puede llegar a esta división en dos retóricas.

Esta división es antigua, y tiene sin duda su raíz en el pensamiento clásico. De la concepción integrada de la retórica se desgajó otra definición de esta disciplina como "ars bene dicendi". A este propósito, se ha hablado frecuentemente de deriva. De hecho, habría que hablar mejor de *balanceo*. Algunos historiadores de la retórica creen observar un balanceo entre una concepción social y una concepción formalista de la práctica retórica y, por consiguiente, en las doctrinas que teorizan estas prácticas. En los períodos y bajo los regímenes de relativa democracia, la retórica vive en tanto que arte de la argumentación; en efecto, solamente un universo de referencia en el que

prevalece el pluralismo puede autorizar el debate, y un arte de gestionar las diferencias y las contradicciones que se expresan en él. En las fases de menor democracia, la retórica se reduce a no ser más que un ejercicio puramente formal. Se restringe a la práctica y al estudio de los ornamentos. La oscilación entre concepción social y concepción formalista será también, lo veremos, una oscilación entre una concepción amplia y una concepción restringida de la retórica.

La deriva hacia la concepción formalista tiene dos fuentes, según Lempereur: por una parte, cierta actitud filosófica (lo que el autor llama "un anatema filosófico") y, por otra, cierta relación que se ha establecido entre el metadiscurso retórico y la producción literaria.

2.1. *Una tentación filosófica*

El anatema filosófico es el siguiente (Lempereur, p. 140):

La philosophie –telle qu´elle s´exprime majoritairement depuis les Grecs, en particulier depuis Platon- est en quête de vérité absolue et de nécessité dans ses jugements; par conséquent elle s´accommode mal d´une rhétorique à vocation dialectique qui prétendait résoudre une question, par la suggestion éventuelle d´une pluralité de réponses. Dans ce contexte de rejet (...), la tentation est grande de ne garder de la rhétorique que la partie la plus inoffensive, la moins connotée philosophiquement, à savoir le style. En trouvant à exploiter le style pour le style, la forme pour la forme, la rhétorique reste à l´abri des critiques de fond.

2.2. *Una tentación literaria*

Para describir la interacción entre producción literaria y especulación retórica, Lempereur cita a Michel Beaujour: "Dans les circonstances sociales qui exigent la production de discours ou de textes "éloquents", l´usage des arguments et des figures (...) est lui-même conventionnalisé et esthétisé (...) Dès lors la volonté d´efficacité en se sépare plus de jugements esthétiques." Añadiendo a continuación:

Le professeur ou l´élève, celui qui pratique l´art rhétorique, sera de plus en plus friand de tours de langage, qu´il peut seul reconnaître et reproduire, appartenant à une société d´initiés. En contrepoint, se construit une littérature, d´abord inféodée à la visée persuasive, qui s´en serait ensuite détachée (...). On serait passé à une littérature de plus en plus gratuite, auto-référentielle, qui préfère la quête individuelle, l´interrogation existentielle à la volonté d´édification. (...) La rhétorique aboutit à des exercices de plus en plus figés, qui sont à eux mêmes leur propre justification.

De pasada, notemos que esta visión da cuenta de algunas críticas que se le han hecho al Nouveau Roman, cuyo nacimiento es contemporáneo a la rehabilitación de las dos neorretóricas. Habría lugar para un estudio más sociológico de esta alternancia entre teorías con acento formalista y teorías con acento argumentativo. Nos daríamos cuenta de que coexisten en dos sectores diferentes de la misma sociedad, pero en el mismo momento.

Volvemos así al siglo XX. Pero no definitivamente: mi explicación me obligará a volver por tercera vez a un pasado más lejano.

3. **Primeros puntos de encuentro: el tiempo y el lugar**

Observemos las dos neorretóricas cuando se establecen. Más allá de las oposiciones apuntadas, observamos dos encuentros o, mejor dicho, dos paralelismos. Paralelismos, dado que estos encuentros no son esenciales, sino accidentales. Sin embargo, estas coincidencias van a autorizarnos una reflexión sociológica sobre el estatuto de las dos disciplinas que mostrará uno de sus parentescos.

El primer paralelismo es cronológico; el segundo es epistemológico: las dos neorretóricas parten de una misma exigencia de pertinencia en relación con las disciplinas de las que se desgajan.

3.1. El momento

Como subraya Vasile Florescu (1973),

Una fecha convencional que podría indicar la reintroducción de la categoría retórica en la problemática filosófica sería 1952, año de la publicación de la obra de Perelman *Rhétorique et Philosophie*. (...) En cuanto a la revalorización de la retórica en el marco de la lingüística, de la teoría y de la crítica literarias, no sabríamos ponerle fecha; como mucho se puede indicar el comienzo de esa acción, cuyos propios promotores asocian al nombre de Roman Jakobson y a la traducción francesa de sus *Ensayos de lingüística general* (1963).

Como señala Renato Barilli (1973), "dans la conscience européenne, l'idée est enracinée aujourd'hui qu'on arrive à la rhétorique par deux voies; la linguistique et la philosophie".

El momento histórico no significa nada en sí mismo. Es necesario subrayar que, desde un punto de vista sociológico, estos dos movimientos han nacido en grupos sociales comparables y responden los dos a cuestiones nuevamente planteadas en el marco de la *episteme* occidental de la segunda mitad del siglo XX. Volveré sobre esto.

Pero, sobre todo, la recuperación de la retórica, en sus dos dimensiones, corresponde a nuevas actitudes a propósito del lenguaje. Se ha hablado mucho del éxito de la lingüística como ciencia piloto. Sería evidentemente demasiado fácil invocar este triunfo y hacer de él la causa de la resurrección de la señorita de los espejos: eso sería explicar el efecto soporífero del opio por su *virtus dormitiva*. Creo que es necesario invocar una serie de factores, en cuya primera fila es necesario situar, bastante clásicamente, la economía; y preguntarse si las neorretóricas no son, como la poética, una de las creaciones de los *Golden Sixties*, esa década que, viviendo un optimismo triunfante, creció en el progreso continuo, tanto en el plano económico como en el plano intelectual. Se creía que, gracias a lo simbólico, se iba a tomar el poder frente a las cosas y a los acontecimientos. A esto se añade un factor demográfico, magníficamente descrito por François Ricard en su *Génération Lyrique*: la explosión de la natalidad en la inmediata postguerra en Europa y en América tuvo una repercusión espectacular veinte años después. Debía, en efecto, arrojar sobre el mercado de los estudios una nueva capa emergente, esencialmente originaria de una pequeña burguesía impulsada por el movimiento de terciarización de la economía. Es notorio que las capas jóvenes de esta población nueva se volvieron hacia formaciones que aseguraban el dominio del poder simbólico y, singularmente, del poder del verbo, viendo en ello la mejor garantía posible de legitimación. Se podía tener fe tanto en la lingüística como en la sociología, en la animación cultural y en los programas de actualización pedagógica. La lingüística, con su hipóstasis conquistadora que era el estructuralismo y sus variantes tecnológicas como la gramática generativa, iba a decir la última palabra sobre todos los lenguajes y sobre la especificidad de todas las clases de discurso. Una excelente demostración de ello ha sido proporcionada por la sociolingüista Nicole Gueunier, cuando explica el renacimiento del mito de la "crisis del lenguaje", evidentemente provocada por la sospecha hacia las empresas simbólicas, provocada ésta misma por la crisis del empleo en las categorías socio-profesionales en cuestión. Los mismos factores que iluminan y la fe y la desilusión en el lugar del dominio del lenguaje explicarían también el carácter fulgurante de la carrera de la retórica y de la poética.

3.2. El lugar epistemológico

Volvamos al paralelismo epistemológico. Este paralelismo es aquí de tipo polémico. Cada una de las dos neorretóricas constituye una réplica al empobrecimiento de las disciplinas a las que pretenden completar.

La primera neorretórica constituye una respuesta al empobrecimiento en el análisis de los pasos del pensamiento práctico, empobrecimiento a consecuencia de la reducción cartesiana –factor de progreso por otra parte- y al antirretoricismo burgués ligado a la promoción de las artes mecánicas. Cada una de las partes del gran edificio que la retórica clásica constituía se había independizado, tanto en el dominio de las disciplinas retóricas como en el de las disciplinas prácticas. Por ejemplo, por un lado, los refinamientos de los mecanismos de demostración habían desembocado en una lógica que no ha cesado de formalizarse. Por otro lado, una multitud de prácticas sociales ha retomado en una perspectiva utilitaria una parte de la herencia lógica clásica. (Se puede pensar en actividades tan diferentes como el marketing o la muy equívoca “Programación neurolingüística”). La nueva retórica de la argumentación intentará oponerse a estas tendencias centrifugas. Se apoyará sobre el hecho de que razonar, no es solamente deducir y calcular, sino también deliberar y argumentar. Estudiará las técnicas discursivas “permettant de provoquer ou d’accroître l’adhésion des esprits aux thèses qu’on présente à leur assentiment” (Perelman, 1958), y yuxtapondrá a la lógica convertida en formal una lógica natural.

La segunda neorretórica, la de los tropos, pretendía sacar todas las consecuencias de la “totalización poética” operada por su hermana mayor desde los primeros siglos de su existencia, partiendo principalmente de la *elocutio* para plantear la cuestión de su relación con una eventual ciencia de la literatura. Pero, desde un punto de vista polémico, se levanta contra el psicologismo de una estilística que había acabado por mitificar la obra hasta el punto de prohibir mantener sobre ella cualquier propósito objetivo. Desde un punto de vista polémico, la neorretórica de los tropos se ha pronunciado en contra de las carencias de la estilística –esta estilística que, como sugiere una fórmula célebre de Novalis, se había elaborado ella misma sobre las ruinas de la retórica, a favor del pensamiento inducido por el idealismo romántico-, exactamente como la otra había pretendido rehabilitar lo que el empirismo lógico descuidaba.

En el movimiento de recuperación que operan cada una por su cuenta, las dos neorretóricas se oponen igualmente a la retórica antigua, de la misma manera en la que ciencia y técnica se oponen.

Detallemos esta oposición en tres puntos. Mientras que la retórica antigua era esencialmente empírica –lo que la había llevado a oscuras taxonomías que han sido objeto de burla–, las retóricas contemporáneas analizan *a posteriori* los hechos de palabra y discurso y extraen las reglas generales de su producción. Sustituyen la enumeración por la elaboración de modelos que dan cuenta de la generalidad de los fenómenos contemplados, convirtiéndose así la preocupación por la clasificación en accesoria. En segundo lugar, la retórica antigua conformaba un conjunto de reglas normativas, mientras que la nueva ya no proporciona los medios para producir enunciados performativos, sino los medios para describir los enunciados, cualquiera que sea su tipo. Tercera oposición: la antigua retórica se situaba del lado de la producción intencional de efectos. La nueva descalifica la intención –o al menos, la vuelve a colocar en el puesto de un simple factor en la competencia pragmática–; se sitúa del lado de la recepción y de la hermenéutica.

4. El proceso de la retórica de las figuras. Tres condenas

Estos paralelismos no han podido impedir que se haya instruido un proceso contra la retórica de las figuras. La expresión más severa de la sentencia se la debemos sin duda a José María Pozuelo. Para él, la neorretórica nacida en la cuna estructuralista es “fundamentalmente formalista y visiblemente desideologizante”; “desemboca finalmente en un formalismo limitado a la literatura, con beneficios ideológicos evidentes a favor de una concepción de las cosas como cortadas del discurso social, concepción autonomizante y verbalista” (1984, p. 184).

Pero esta crítica no es la única. En apoyo de todas las que han sido formuladas, tres familias de argumentos: autonomización, reduccionismo, desvío. Examinémoslos uno a uno.

4.1. Autonomización

Sobre la autonomización, Vasile Florescu se había mostrado ya algo mordaz:

Si se tiene en cuenta la forma en la que los “neorretóricos” explican el acto social que consiste en elaborar una obra, tenemos derecho a hablar de una actitud antirretórica manifiesta (...) El autor no es positivamente nadie, afirma Genette (...) La justificación de esta tesis sorprendente es la forma más sorprendente aún de considerar la lengua: “une des fonctions du langage et de la littérature est de détruire le locuteur et de le désigner comme “absent”, pretende Genette que matiza una tesis de Blanchot: “quand je parle je nie l´existence de ce que je dis, mais je nie aussi l´existence de celui qui le dit (...). L´écrivain appartient à un langage que personne ne parle, qui ne s´adresse à personne, qui n´a pas de centre, qui ne révèle rien”, afirma Blanchot. Pero ¿qué papel puede jugar aún la retórica en la elaboración de una obra literaria si el autor no afirma nada, no se dirige a nadie, no habla a la manera de nadie y, sobre todo, si no piensa nada, puesto que las palabras piensan por nosotros, no las gobernamos, como cree Genette”

Lo que se plantea aquí es una cierta concepción del formalismo, no la que tenían los formalistas rusos, sino la que apunta a lo excepcional, lo marginal, el experimentalismo aristocrático y hueco.

4.2. Reduccionismo

Para alcanzar la autonomización, y siempre para el procurador que he citado más arriba, esta retórica debe pecar en un segundo punto: debe condenarse a no ser “más que una retórica restringida”, limitada de manera drástica a la *elocutio*, y más específicamente todavía a los tropos, para acabar por ser una simple teoría de la metáfora. Este reduccionismo llevaría a su término un proceso en curso desde la antigüedad, como recuerda Perelman:

La rhétorique dite classique, quel´on oppose à la rhétorique ancienne, s´était réduite à une rhétorique des figures, se consacrant au classement des diverses manières dont on pouvait orner son style. (...) Déjà dans l´Antiquité certains rhéteurs s´étaient spécialisés dans la déclamation et dans les exhibitions littéraires, sans grande portée, et les philosophes, tel Epictète, n´ont pas hésité à s´en moquer: “Et cet art de dire et d´ornier notre langage, s´il y a là un art particulier, que fait-il d´autre (...) que d´enjoliver et arranger notre langage comme un coiffeur fait d´une chevelure?”

Como se ve, esta segunda crítica está relacionada con la primera: ligereza, futilidad. Se suele a menudo citar su expresión más firme. Se debe ésta a Gérard Genette, a pesar de ello uno de los principales responsables de lo que él denuncia:

Rhétorique-figure-métaphore: sous le couvert dénégatif, ou compensatoire, d´une généralisation pseudo-einsteinienne, voilà tracé dans ses principales étapes les

parcours (aproximativement) historique d'une discipline qui n'a cessé, au cours des siècles, de voir rétrécir comme peau de chagrin le champ de sa compétence, ou à tout le moins de son action. La *Rhétorique* d'Aristote ne se voulait pas "générale" (encore moins "généralisée"): elle l'était, et l'était si bien dans l'amplitude de sa visée, qu'une théorie des figures n'y méritait encore aucune mention particulière; quelques pages seulement sur la comparaison et la métaphore, dans un livre (sur trois) consacré au style et à la composition, territoire exigü, canton détourné, perdu dans l'immensité d'un Empire. Aujourd'hui nous en sommes à intituler rhétorique générale ce qui est en fait un traité des figures. Et si nous avons tant eu à généraliser, c'est évidemment pour avoir trop restreint: de Corax à nos jours, l'histoire de la rhétorique est celle d'une *restriction généralisée*.

4.3. Desvío

La tercera crítica apunta al concepto central de la segunda neorretórica: la noción de *figura*. En efecto, se la ha definido habitualmente como un desvío en relación con una presunta manera normal de hablar. Tal perspectiva eliminaría del campo de interés de la retórica todo lo que está socializado. Lo que constituiría una insoportable contradicción en los términos: como ciencia de los discursos sociales, la retórica no podría asumir la figura así definida.

En otras obras, demostré que la noción de desvío era recurrente, necesaria e insuficiente. Voy a dedicarme aquí a la crítica de la crítica. Dicho de otra forma ¿qué se persigue cuando se critica la noción de desvío? Esta crítica es doble y se formula tanto desde un punto de vista técnico como desde un punto de vista ideológico.

Desde el punto de vista técnico, el concepto de desvío pone en evidencia el problema de la norma y el de su definición. Norma que es difícil de establecer: ¿se pretende una norma estadística o una representación ideal del lenguaje? ¿La norma es un lenguaje "sin afectación", "natural" como decían los antiguos? ¿Sería un lenguaje directamente denotativo, el del código civil, como se suele decir? Lo "natural", está, ya lo sabemos, en todos sitios y en ninguna parte a la vez...

Sea lo que sea, es necesario señalar que cuando se trata de estudiar técnicamente los mecanismos semióticos que producen la figura, nos damos cuenta de que nadie, ni siquiera sus más feroces detractores, puede prescindir de la pareja de conceptos norma-desvío. Como lo demostré, se la encuentra bajo numerosos nombres como *tensión*, *subversión*, *inversión*, etc. Parecería que no pudiéramos pasar de esta pareja; para ello, hay que dar una definición estructurada. Definición que puede hacerse de dos formas. Por una parte, haciendo de la norma y del desvío no objetos empíricos sino modelos. Es lo que hace la escuela rumana de poética matemática que llega a construir un lenguaje de pura comunicación, puramente transitivo y unívoco, que se opone a un lenguaje poético puramente reflexivo y plurívoco. El escollo está en que tales lenguajes no existen en la realidad. La segunda manera de retomar el problema, que va a acercarnos a la retórica perelmaniana, es mostrar que el desvío figural es siempre contextual: no existe en relación con un modelo absoluto, sino siempre *hic et nunc*. Las normas son siempre locales, de manera que los desvíos son locales también.

Este planteamiento debe permitir resolver los problemas epistemológicos e ideológicos planteados por la pareja desvío-norma.

En efecto, de esta naturaleza epistemológica e ideológica son las más importantes reticencias ante la noción de *norma*. La crítica se une una vez más al reproche del formalismo, extendido esta vez al conjunto del discurso social. Por un lado, el concepto de desvío lleva a concebir los discursos retóricos como gratuitos,

despojados de cualquier utilidad práctica, incluso como privados de cualquier preocupación de comunicación. Por otro, el concepto de *norma*, puesto que es simplemente postulado por el de *desvío* sin ser discutido previamente, parece resolver bruscamente el problema de lo normal en lo simbólico y, por consiguiente, en lo social.

4.4. *El desvío como piedra de toque*

Me propongo examinar la actitud de las dos retóricas frente a este problema particular. El problema es, sin duda, el nudo de la cuestión. Las otras dos críticas parecen ser corolarios de la que recae sobre el desvío. En una argumentación tripartita, mostraré que los planteamientos sobre este tema de las dos neoretóricas son muy cercanos.

En un primer momento, examinaré la naturaleza del desvío tal como está planteada en la retórica de las figuras, y veremos que la norma, ese envés del desvío, es ahí de la misma naturaleza que la que propugnan los discípulos de Perelman.

En un segundo momento, interrogaremos la naturaleza de lo que aparece como socializado en la retórica de la argumentación; veremos que su estabilidad es ilusoria y que no se puede sostener la idea de que esta retórica se funda sobre lo común salvo a condición de despejar lo problemático; lo que es paradójico en una disciplina que precisamente tiene por objeto la gestión de lo problemático.

En un tercer momento, veremos que ambas neoretóricas postulan una teoría de la figura y que, más allá de lo que en apariencia enfrenta a estos dos fragmentos de teoría, lo esencial de la descripción del mecanismo figural es común.

5. Los tres parentescos de las dos retóricas

5.1. *El desvío en la retórica de las figuras*

La primera observación que conviene hacer es subrayar que la noción de *desvío* no va necesariamente emparejada con la de *excepción*.

Es fácil ver de dónde procede la confusión: de una sobrevaloración del papel literario de la figura o, inversamente, de lo figural en la literatura.

5.1.1. *La fuente del malentendido: la sobrevaloración del papel literario de la figura*

Es necesario recordar que la retórica de las figuras nació entre los especialistas de la literatura que veían en la lingüística un instrumento propio para objetivar sus preocupaciones. Pero, de golpe, al situar la figura en el campo tan específico de la literatura, se impedía verla en acción en dominios menos excepcionales: en los crucigramistas, los artistas del insulto, los publicistas, los eruditos. Insistiendo sobre los aspectos individuales y momentáneos de la reestructuración retórica, se impedía ver lo que esta reestructuración teórica tenía en común con la reestructuración científica, que apunta a la universalidad y a la constancia.

Así pues, hoy se saben mejor dos cosas. La primera: que la parte de lo figural en las estructuras literarias no es la que ha creído la poética naciente. Si la estructura retórica es una condición necesaria de la literariedad, no es en todo caso una condición suficiente, como lo hemos establecido (grupo μ , 1977). La segunda cosa nos retendrá más tiempo: es el hecho de que la metáfora es una estructura en acción en toda la vida cotidiana. O mejor, que constituye un proceso general del saber tanto popular como especializado. Me extendí, en otra obra (Klinkenberg, 1996), sobre la fecundidad del proceso metafórico y sobre los estrechos parentescos entre la reestructuración retórica de las enciclopedias y su reestructuración científica.

En el proceso metafórico, se ve que la eficacia de la figura no está fundada únicamente sobre el desvío, sino también sobre lo que es socializado en el intercambio.

No se funda solamente sobre lo diferente, sino también sobre lo idéntico.

5.1.2. *La puesta en evidencia de lo socializado por la figura*

Al violar las reglas, el desvío las resalta poniéndolas en evidencia. Decir, hablando de una mujer,

(1) *Es una tigresa*

es, desde luego, alejarse de las reglas que en el código asignan cierto sentido a la palabra *tigresa*, pero es también operar a partir de un sistema de lugares comunes. Lugares comunes en el sentido fuerte del término: el hablante de una lengua, al inscribirse en una enciclopedia, está ligado por una especie de contrato a los prejuicios y a las opiniones corrientes de la cultura en la que se mueve. Aquí la figura no podría ser descodificada si tales estereotipos no atribuyeran al animal la crueldad, e incluso la bestialidad, sino también la belleza salvaje y la inteligencia, y tantos otros estereotipos, relativos al referente de la figura, aquéllos no la harían apta para recibir esos calificativos. Pero no son solamente los sentidos conectados por la figura los que reposan sobre lo socializado, son también los movimientos mismos los que los asocian. Ellos también reposan sobre esquemas de pensamiento que ofrecen a la derivación figural grandes reglas productivas. Se aprecia así una tendencia, en numerosas culturas, a nombrar a una nación o a una colectividad por su supuesta especialidad gastronómica. En virtud de estos esquemas, un franchute xenófobo podrá exclamar:

(2) *¡Venga, Rosbif!*

al dirigirse a un súbdito de la reina de Inglaterra, o incluso tratar a un conciudadano del Sr. Berlusconi de "macaroni". Se trata de un molde disponible, que remite a una arquitectura del mundo, arquitectura sostenida por grandes estereotipos. Roland Barthes había tratado mucho sobre esta arquitectura, cuando, sobrepasando por anticipación la oposición entre las dos neorretóricas, hablaba de "la italianidad" como de un molde ideológico productor de figuralidad. Se ve en todo caso, se vuelve a encontrar aquí, iluminada por el saber antropológico que la relativiza, la noción de *tópico* sobre la cual se fundaba la retórica clásica.

Hacer de la pareja norma-desvío un fenómeno social y contextualizable permite acercarla a la retórica de la persuasión. Sigamos al mismo representante de la escuela de Bruselas:

La retranscription d'une métaphore, sa déproblématisation passe par le rétablissement d'une ou de plusieurs normes de compréhension. Cette "norme" n'est pas nécessairement le langage quotidien ou un quelconque degré zéro de la rhétorique. Le langage est naturellement métaphorique, comme il est naturellement figuré. Ce n'est qu'au moment où il y a un surcroît métaphorique que l'on remarquera la métaphore et l'isolera. La métaphore est en ce sens "hors norme", question posée à du hors-question (...) À chaque fois, la métaphore s'écarte, dans un contexte bien précis de prise de parole –contexte éminemment variable- de l'ordre qui y prévaut. La métaphore est toujours à quelque degré émergence de problématique dans un contexte qui ne l'est pas ou est censé le réduire. (Lempereur, 1990).

Así,

loin de se limiter au seul monde de la différence, l'intelligibilité en rhétorique littéraire est indissociable d'un univers de la norme, de l'identité (...) L'ensemble du langage commun est repris à travers le contexte d'énonciation. Pour comprendre la métaphore, et donc les figures (la figurativité), comprendre les textes (la littéarité) qui sont fabriqués dans le même tissu de rupture, pour comprendre enfin la rhétorique (la rhétoricité), il faut convoquer tout le discours, avec ses opinions, ses lieux communs...

Lo que es necesario ver, es algo que intenté poner en evidencia en la obra citada (1996): que la desviación retórica es del orden del "como si". Es de una naturaleza casi lúdica.

Fuera de este planteamiento, no hay más que otras dos series de actitudes que se puedan contemplar. Estas actitudes recubren las diferentes reacciones al desvío que había descrito en mi primera lección. La primera posibilidad es la siguiente: la figura puede ser tomada en la palabra, bien porque el desvío no es percibido, bien porque desemboca en una reconventionalización – "sí, este ser es una tigresa"; bien porque la estructura del mundo a la cual remite el nuevo vínculo simbólico anudado por la figura es de entrada compartido por los actores. O bien no lo es, pero se propone serlo. Y este punto de partida es exactamente el de la reestructuración científica, que pide también ser compartida. En esta serie de actitudes, la figura está plenamente resocializada. Segunda serie de actitudes: la figura es vista como un desvío puro, como una violación radical con todo lo que crea el intercambio. Bien porque es considerada como un error, bien porque parece indicar que el contrato comunicativo está suspendido.

En resumen, la figura puede desencadenar tres series de actitudes que ponen todas en evidencia la imposición del vínculo social: o el producto de la reestructuración está plenamente resocializado, lo que no plantea problemas, o la figura propone una reestructuración que viola la enciclopedia dominante, pero lo hace sobre la base de lugares comunes y juega a presentar sus reestructuraciones como potencialmente compartibles. O bien se sitúa resueltamente en ruptura con lo socializable, pero lo hace hasta el punto de que no es más que solipsismo.

El éxito de la comunicación retórica supone un doble movimiento de desvío y de restitución que he descrito con detalle. Este movimiento se apoya evidentemente sobre la connivencia entre los interlocutores, vinculados por el contrato de cooperación del que ya he hablado en varias ocasiones durante estas lecciones y al que volveré aquí por última vez.

5.1.3. *Vuelta al principio de cooperación*

El principio central que subyace a una semiótica cognitiva y pragmática es el principio de cooperación. Este principio regula todos los intercambios semióticos. Todos los participantes del intercambio están obligados a conformarse con él. Por esta razón, se ha utilizado a menudo la imagen de un contrato.

Utilizando los términos de *cooperación* y de *contrato*, no quiero decir que el ideal de cualquier comunicación es que los interlocutores se refieran a reglas estables forjadas en un código único, que sería perfectamente idéntico para cada uno de ellos; no quiero sugerir más que estos interlocutores ocupen de una vez por todas un lugar fijo en la relación que mantienen. Esta idea simplificadora ha sugerido a ciertos lingüistas la imagen de "circuito de la comunicación", circuito en el que cada uno ocupa una posición que el otro puede enseguida ocupar (el emisor se convierte en receptor y así sucesivamente...). He criticado en más de una ocasión el esquema así construido y he llamado la atención sobre el interés que había en concebir la comunicación no como una transferencia lineal de informaciones, sino como un proceso en el que emisor y receptor juegan simultáneamente un papel activo. Hemos visto que los comportamientos semióticos no sólo reflejan las relaciones de poder que se establecen entre los interlocutores, sino también que contribuyen a construir esas relaciones.

El principio de cooperación remite a esta concepción dinámica. Significa que los intercambios semióticos no se reducen a una serie de emisiones unilaterales y deshilvanadas, sino que son los productos de interacciones en el seno de las cuales

cada interlocutor reconoce al menos una orientación común. Este objetivo puede ser muy explícito o permanecer implícito, puede ser el objeto de un verdadero consenso o imponerse dolorosamente, puede aparecer desde el principio de la interacción o construirse en el curso de ésta...

Siguiendo a Grice, se ha estructurado este principio de cooperación en cuatro máximas llamadas "máximas conversacionales". Son las máximas de *cantidad*, de *calidad*, de *modalidad*, de *relación*[2]. La formulación del principio de cooperación bajo esta forma de máximas (del tipo "sea pertinente") es, no obstante, algo desafortunada, dado que aparecen como una serie de recetas que se aplican con el fin de conseguir una buena comunicación, o incluso como un conjunto de normas fuera de las cuales no habría más que comunicaciones fallidas. Por otra parte, esta formulación – y las connotaciones que vehicula la misma palabra de *cooperación*- parecen remitir a una especie de cortesía semiótica: respiran optimismo, incluso 'angelismo'.

Pero este angelismo es desmentido por los hechos observados en todas las disciplinas humanas, desde la psicología al psicoanálisis y desde la antropología a la polemología. Los intercambios semióticos no son necesariamente el fruto de consensos apacibles: pueden, ya lo he dicho, llevar la huella de diferencias o de tensiones, e incluso instituir esas diferencias o agravar dichas tensiones. A pesar de la máxima de cualidad, se puede muy bien mentir; y muchos discursos -desde el comunicado militar a algunos tipos de publicidad- tienen ese objetivo. A pesar de la máxima de modalidad, es posible expresarse muy bien de manera confusa y numerosos discursos no se privan de ello, por ejemplo, los del paciente en el psicoanálisis o el de las administraciones. Los lenguajes sirven también para crear distancia entre los actores semióticos, a los que ya no nos atreveremos a llamar *interlocutores*, si no es por convención.

Hay en la interacción semiótica un principio que parece entrar en contradicción con el de cooperación, entendido de manera optimista. Podemos llamarlo *principio de diferenciación*. Como ya hemos visto, es el que da consistencia a la retórica de la argumentación. Conviene salir de esta contradicción.

Por todo ello, se puede redefinir el principio de cooperación no como una norma que rige las relaciones entre interlocutores, sino como una tendencia a la pertinencia o a la economía semiótica. Entiendo por *tendencia a la pertinencia* el hecho de que los interlocutores apunten todos a optimizar la eficacia de la forma en la que tratan la información en el curso del intercambio. Por supuesto, esta intención puede ser consciente o no, y puede desembocar en estrategias muy diversificadas. E incluso a veces puede desembocar en no tener en cuenta una máxima particular.

Esta reformulación más prudente del principio de cooperación nos permite salir de la contradicción subrayada antes. Podemos perfectamente someternos al principio de cooperación tendiendo a objetivos "egoístas" (por ejemplo ejercer un poder simbólico sobre el interlocutor, convenciéndolo, engañándolo, etc.). La cooperación representa el precio a pagar para obtener este provecho semiótico deseado. Se eliminan así las connotaciones optimistas de la palabra: incluso en una disputa hay cooperación.

La cooperación es un concepto que es relativo a la enunciación. Su reformulación en términos de economía semiótica permite ver que concierne también al enunciado. Para ello, podemos volver al concepto de *isotopía*. Concepto que, vinculado al de *redundancia*, nos es familiar. Todo elemento de un enunciado se inscribe en el contexto creado por los elementos que lo han precedido. Se ve que hay aquí un efecto multiplicador de pertinencia: en un enunciado redundante se rebaja el coste semiótico del intercambio maximizando su provecho. Las informaciones ya suministradas sirven

de telón de fondo a las nuevas. Asociándose a las primeras, producen nuevas informaciones y así sucesivamente. El enunciado ve de esta forma reforzada su coherencia.

Una vez redefinido así el principio de cooperación, se puede volver a su funcionamiento en el intercambio. En toda comunicación, se presume que el principio es respetado por las dos partes, y esto incluso cuando hay aparentemente ruptura de cooperación. En efecto, hay enunciados en los que una de las máximas parece ser incumplida. Es lo que ocurre en todo lo implícito. Y particularmente en la figura. La figura impone, como se ha visto en la segunda lección, un cálculo complejo, pero este cálculo es precisamente consentido para salvaguardar el principio de pertinencia.

Como se ve, la figura, lejos de arrancar el discurso de los vínculos socializados, pone en evidencia, por el contrario, los *vínculos de cooperación* que se establecen entre los actores. Reflexión que nos permite, notémoslo de pasada, encontrar otro concepto de retórica clásica, recuperado por la neorretórica de la argumentación y sobre el cual volveré: el de *auditorio*.

La especificidad de la figura es evidenciar los vínculos de cooperación innovándolos. Abre el abanico de las leyes del intercambio y propone nuevas dialécticas entre sentidos. Para que se cree la significación, es necesaria una verdadera negociación entre interlocutores. La figura es un instrumento que hace surgir lo problemático en el discurso. Lo que nos acerca definitivamente a la concepción perelmaniana de la retórica.

5.2. *Lo socializado y la excepción en la retórica de la argumentación*

Acabamos de ver que la retórica de las figuras no podía fundarse sobre el concepto de desvío si no lo reemplazaba en el marco de una dialéctica de lo nuevo y de lo socializado. En este marco, las dos neorretóricas se han aproximado claramente. El segundo paso va a ser consentido esta vez por la retórica de la argumentación. Vamos a ver que ésta no se funda únicamente en el monismo de lo socializado, como pretende a veces, sino que convoca también la diferencia y, en consecuencia, el desvío.

Sigamos una vez más a Alain Lempereur. Se podría creer, según él, que "le persuasif se complait dans un monde d'identité, de normes tellement contraignantes que la différence d'opinion, qu'une étape intermédiaire appelée à disparaître dans la communion ou l'accord ultime". En todo caso es la idea que se encuentra subyacente en Aristóteles y en Perelman. Es conocida la aportación del primero:

Un certain type de problème est posé. La rhétorique "ne prend pour sujets que des questions qui sont déjà matière à délibération". Il y a plusieurs orientations (A, B,...Z) de réponses à un problème débattu. Les unes vont dans un sens (a, a', a''...); d'autres dans un autre, etc. Ce sont les réponses rhétoriques. Leur unité est bien leur question commune: "Nous ne délibérons que sur les questions qui sont manifestement susceptibles de recevoir deux solutions opposées."

Pero ¿cómo seleccionar estas respuestas? Parecen pasar por dos filtros. En el primero:

le pluralisme rhétorique est préservé: "Le vraisemblable est ce qui se produit le plus souvent." Et nous ne tombons pas ainsi dans le relativisme, puisque ces premiers critères préservent d'un double écueil: ils écartent d'autres réponses rhétoriques, que l'on qualifierait de "sophistiques" – fondées sur l'irrationnel, le religieux, le dogmatique, l'acceptation aveugle-, en même temps qu'ils préservent le pluralisme. Mais souvent, l'on n'en reste pas là; une deuxième phase dans l'argumentation, qui n'est pas indispensable, s'ajoute à celle-ci, comme pour empêcher le débat de

rebondir. (...). Aristote muestra l'ejemplo: il va plus loin que ce qui est requis par le premier filtre. En fonction d'autres critères, d'une hiérarchie au sein des *topoi* (le premier pas vers le monisme), partant notamment de l'idée que "le vrai et le juste ont une plus grande force naturelle que leurs contraires", il s'offre les moyens de distinguer le bon grain de l'ivraie, de décider laquelle de *a* ou de *b* s'impose comme la seule et unique réponse au problème posé, celle qui fait disparaître le problème.

En Perelman,

le concept qui permet de fermer les alternatives d'aboutir à une résolution fermée, (est) celui d'auditoire universel, celui qui établit la hiérarchie entre les thèses, les valeurs, les *topoi* (...) Cet auditoire universel est directement inspiré d'un des acteurs d'un genre rhétorique bien connu, le genre judiciaire; cet acteur est bien entendu le juge: l'auditoire universel est à la philosophie de l'argumentation ce que le juge est à la philosophie du droit.

Así:

La rhétorique persuasive souffre de son incapacité à admettre une fois pour toutes son pluralisme. Le critère de la réponse préférable chez Aristote et le modèle du juge réconciliateur des opposés dénotent cette attirance pour le débat qui se clôture et la répugnance pour celui qui se perpétue, comme s'il fallait absolument nier l'irréductible distance, différence entre les personnes. (...) Ni le droit, ni quelque autre domaine ne procure de caution qui épargnerait la problématicité à l'activité rhétorique ou qui empêcherait cette problématicité de resurgir à quelque moment que ce soit. Qui dit controverse suppose différence, problématicité, "différend" inévitable.

Por otro lado, la retórica de los conflictos no se elabora en su búsqueda de identidad más que sobre la base de *topoi*. Permiten cerrar las alternativas, pero son a menudo contradictorios. Las normas múltiples que suponen son orientables según el uso. No existe la norma y el desvío. Hay, por una parte, una serie de normas en desvío unas en relación con otras y, por otra parte, una serie de desvíos que no lo son en relación con algunas normas y que pueden serlo en relación con algunas otras.

5.3. La teoría de la figura

Así pues, hemos constatado que sobre el punto nodal que constituye la pareja norma-desvío, las dos neorretóricas están muy próximas entre sí. Tienen las dos, implícita o explícitamente, en su núcleo central la idea de una negociación comunicativa.

Nos queda mostrar que la aproximación puede también proponerse en otro punto central y más técnico: la definición de la figura.

De manera quizás un poco brusca, afirmaré que es la misma idea que se encuentra en Perelman y Olbrechts-Tyteca, por un lado, y en los poeticistas, por otro. Lo que posiblemente haya impedido verlo son los criterios de clasificación de las figuras. Estos criterios son radicalmente diferentes en los unos y en los otros, porque en estas clasificaciones prevalecen puntos de vista distintos.

Se recordará que Perelman y Olbrechts-Tyteca toman como punto de partida de su estudio cierto número de procesos argumentativos generales, llamados *esquemas*. Se preguntan enseguida si algunas figuras pueden por su naturaleza ser capaces de cumplir las funciones reconocidas por estos procedimientos, "si elles peuvent être considérées comme une des manifestations de celui-ci".

Lejos de ser consideradas sinópticamente en un marco único, tal como lo facilitaba la antigua *elocutio*, las figuras son observadas en función de los papeles que

juegan en un momento u otro de los discursos argumentativos.

En la presentación de las premisas, por ejemplo, se distinguen “figuras de elección”, “figuras de presencia” y “figuras de comunión”. Las figuras de elección son, entre otras, la definición, la perifrasis, la corrección. Todas tienen por efecto exhibir la maniobra de selección de los argumentos -el semiótico diría: su formalización- en la substancia del mundo inteligible. En cuanto a las figuras de presencia, como la onomatopeya o el pseudo-discurso directo, tienen por efecto atraer la atención sobre los materiales argumentativos seleccionados. Las figuras de comunión son la alusión, la cita, el apóstrofe, el enálage de la persona, etc. Tienen por función acercar a los interlocutores y juegan así un papel fáctico, movilizándolo los signos de su connivencia. (Observemos de paso que en esta clasificación el marco de la *elocutio* se disuelve: las figuras de elección forman parte de la *inventio*, mientras que las figuras de presencia competen sobre todo a la *actio*).

En el planteamiento argumentativo propiamente dicho (por consiguiente, en la *dispositio*), se distinguen “figuras de unión” y “figuras de disociación”. Las primeras son esquemas que acercan elementos distintos y permiten establecer entre estos últimos una solidaridad que apunta bien a estructurarlos, bien a valorarlos positiva o negativamente el uno por el otro. Estas figuras de unión están a su vez repartidas en clases, según estén constituidas “por argumentos casi lógicos”, como la ironía o la retorsión, “por argumentos fundados sobre la estructura de lo real”, como la hipérbole o la litote, o finalmente “por argumentos fundadores de la estructura de lo real”. En esta última categoría encontramos la metáfora.

Se ve que el criterio de clasificación es el de los efectos sociales y cognitivos de la figura, y no su estructura lógica o discursiva. Esta función social es la que autoriza a Perelman y Olbrechts-Tyteca a distinguir claramente las “figuras de estilo” de las “figuras argumentativas”, llamadas a veces “figuras de retórica”:

Nous considérons une figure comme argumentative si, entraînant un changement de perspective, son emploi paraît normal par rapport à la nouvelle situation suggérée. Si par contre, le discours n’entraîne pas l’adhésion de l’auditeur à cette forme argumentative, la figure sera perçue comme ornement, comme figure de style. Elle pourra susciter l’admiration, mais sur le plan esthétique, ou comme témoignage de l’originalité de l’orateur. (Perelman, 1977, p. 13)

Si se quisiera relanzar la polémica, se señalarían tres aspectos de estos propósitos que recuerdan extrañamente las críticas hechas a la retórica estructuralista.

La primera es el hecho de que el edificio de la retórica antigua está minado tanto por las proposiciones perelmanianas como por las de los poeticistas; como he demostrado, la *elocutio* está literalmente atomizada.

En segundo lugar observaremos el reduccionismo que se manifiesta en la sinonimia establecida entre “figuras de retórica” y “figuras argumentativas”. Se trata evidentemente de una maniobra que reduce el campo de la retórica, expulsando de él todo lo que no es estrictamente argumentativo. ¿La neoretórica de la argumentación corre así el riesgo de ser calificada también de “restringida”? De todas formas, se plantea el problema de saber cómo se puede ver si una figura es argumentativa. Decir que una figura es tal cuando alcanza su finalidad es evidentemente circular, puesto que esa finalidad es definida como argumentativa...

Lo tercero a subrayar es que se encuentra aquí todavía el “dejar de lado” lo estilístico. El tropo poético es, en esta perspectiva, considerado como un simple ornamento y no puede ser abordado en su especificidad, puesto que no se le define

más que negativamente, como el efecto de un discurso argumentativo que ha fracasado. Esto parece remitirnos a una concepción dicotómica de la norma y del desvío, según la cual algunos discursos estarían del lado de la norma y otros del lado del desvío, sin que haya partición posible, mientras que en la neorretórica de los tropos se insiste, por el contrario, en la relación dialéctica que se establece entre los diversos elementos del enunciado, algunos de los cuales constituyen la isotopía del enunciado - su norma, si se quiere- y otras se manifiestan como altopos, en consecuencia desviantes.

Estas reservas no deben hacernos olvidar el problema de la estructura de las figuras. Problema que preocupa poco a los miembros de la escuela de Bruselas. Sin embargo, se toman el trabajo de caracterizarla. Según observan, cualquier figura presenta dos aspectos necesarios: “une structure discernable, indépendante du contenu”, por una parte, y, por otra, “un emploi qui s’éloigne de la façon normale de s’exprimer, et, par là, attire l’attention” (1976, p. 227). Exactamente de esta manera la retórica de la *elocutio* define estas figuras. Primero: como un desvío reevaluable, estando determinada la reevaluación por factores contextuales y pragmáticos. Segundo: como procedimientos propios para provocar el efecto del autotelismo, que Perelman y Olbrechts-Tyteca encuentran en la fórmula “atraer la atención”. Mejor todavía: sobre el detalle de algunas figuras, las dos retóricas se encuentran. En *Rhétorique générale* hemos definido los metalogismos – entre ellos la hipérbole y la litotes- como figuras que tienen en cuenta la representación que los interlocutores de la comunicación tienen del referente. Perelman y Olbrechts-Tyteca hablan “de argumentos fundados sobre la estructura de lo real” (una palabra cuya imprecisión asombra en la pluma de filósofos).

Los hechos de estructura interesan poco a nuestros autores, he dicho antes. Se comprende por qué. Esas estructuras son de hecho idénticas para la figura argumentativa y para la figura de estilo. Constatar esta identidad debilitaría esta oposición o, mejor, obligaría a desentrañar los criterios que la justificarían. Por tanto, lo que otorga el estatuto de figura argumentativa o de figura de estilo es el contexto pragmático y nada más.

6. Conclusión general: las ciencias del lenguaje y las dos retóricas

Acabamos de constatar que hay más puntos de contacto entre las dos neorretóricas de los que se había creído hasta ahora. Lo que es chocante es que su intersección comprende los puntos que las designan como ciencias modernas. Dicho de otra forma, no han acabado de aportar una contribución de elección a las ciencias del lenguaje.

Éstas han conocido conmociones considerables a lo largo de las últimas décadas. Para simplificar, de una manera figurada, se podría decir que la lingüística ha debido, para sobrevivir, ampliar su campo de jurisdicción extendiéndose en tres direcciones. Primero, en dirección a los interlocutores de la comunicación. Es el caso tanto de la pragmática como de la sociolingüística, esa sociolingüística que he intentado generalizar en una sociosemiótica (Klinkenberg, 2000). A continuación, en dirección al mundo. Hay que pensar en la semiótica cognitiva, que he defendido al comenzar esta serie de exposiciones. Finalmente, en dirección a los otros códigos.

Las ciencias del lenguaje han debido consentir estas expansiones para resolver las aporías que señalaba la retórica de la *elocutio*. No quiero forzar la historia y sugerir con ello que son los trabajos realizados en poética los que habrían dado el impulso a las investigaciones a las cuales aludo aquí. Las soluciones que estas investigaciones permiten elaborar responden, de hecho, a problemas planteados en un marco más

amplio, que desborda con creces el de la literatura, y que es el inmenso abanico de los usos sociales del lenguaje. Es verdad que gran número de las cuestiones que plantean lo han sido también en el marco de la retórica de las figuras. Se puede afirmar sin exageración alguna que esta última ha participado en la fecundación de la lingüística contemporánea. Para atestiguarlo, la palabra "retórica" vuelve frecuentemente – con sentidos diversos y a veces difuminados, es verdad – en la pluma de investigadores como Grice, Sperber o Ducrot. Sentidos difuminados que a veces es difícil relacionar claramente con cada una de las dos neoretóricas. Esos trabajos sirven equitativamente a las dos hermanas, a las que muestran como cada vez más solidarias en el seno de la pragmática.

6.1. *Primera expansión: hacia el discurso*

Para resolver los problemas planteados por las figuras, no nos podíamos contentar con una semántica léxica, ni siquiera con una semántica que permitiera contemplar el sentido de los sintagmas. Ricoeur ve muy bien que no nos podamos limitar a una concepción de la "metáfora-palabra", concepción que atribuye, de forma apresurada e indistintamente, a todos los neoretóricos. Definir ese tropo como el cambio del sentido de una palabra es limitar el poder de la figura, que se manifiesta en el nivel no del sentido sino de la significación. Las tesis que he intentado defender ante ustedes se fundan sobre la consideración tanto del enunciado en su conjunto como sobre la de la enunciación. La teoría general de la figura –con sus tres niveles: portador, revelador y formador- describe la copresencia, en un conjunto sintagmático, de elementos conformes a la isotopía de este conjunto y de elementos alótopos que deben ser reevaluados. La teoría es bastante potente para dar cuenta de hechos retóricos que se manifiestan en los conjuntos sintagmáticos de un nivel inferior al de la palabra (por ejemplo, en el caso de numerosos metaplasmos), pero también de hechos que engloban varias frases (como en la metáfora hilada). Tal retórica, no limitada a la metáfora, debe elaborar una teoría general del contexto.

Esta expansión de preocupaciones sobrepasa inevitablemente fenómenos considerados hasta aquí como extralingüísticos. ¿Dónde está el límite entre los contextos lingüístico y no lingüístico? Para producir sobreentendidos, por ejemplo, se sabe que es necesario superponer al mensaje explícito otros mensajes que permitirán recusar lo que es planteado. A veces esos mensajes se manifiestan por vía lingüística – un enunciado anterior en el discurso o la conversación, por ejemplo-, y otras se manifiestan por vía semiótica, sin que el mecanismo de producción del sobreentendido sea fundamentalmente diferente en ambos casos.

Todo esto desemboca igualmente en la noción de *discurso*. Entre estos discursos, algunos presentan características formales que la retórica de las figuras ha podido describir. No porque esas características no afecten más que a los discursos literarios. Se encuentran en una clase de discurso de la que J. Geninasca (1987) dice que remiten a una especie de "racionalidad mítica". Se observa que incluso la retórica de la argumentación no se encuentra muy lejos, pese a que no se preocupa por la distinción entre *palabra*, *frase* y *enunciado*, y aunque clasifica los discursos en función de su papel social.

6.2. *Segunda expansión: hacia las significaciones implícitas*

En otra dimensión situaremos otra expansión de la lingüística. El estudio de los tropos desemboca, ya lo sabemos, en la revisión del postulado de la linealidad del lenguaje: ¿no muestra ésta que una misma unidad, situada en un mismo lugar del enunciado, puede tener varios sentidos? Tales tropos no existen solamente en la lengua literaria o en la publicidad como ponen de manifiesto las investigaciones sobre

la dinámica conversacional, sean sus autores Grice o Goffmann. Esta propiedad que tienen algunos enunciados de vehicular dos sentidos es frecuentemente rebautizada con el nombre de *polifonía*.

El tropo viene así a colocarse armoniosamente al lado de otras dos categorías de contenidos implícitos cuyas propiedades comienzan a ser muy conocidas: las presuposiciones y los sobreentendidos.

La literatura clásica se detiene en esas dos categorías de contenidos implícitos que difieren notablemente en su funcionamiento. En la descripción clásica que se da de ellos, las primeras dependen directamente del material lingüístico utilizado; la aparición de los segundos es suscitada por factores más netamente exteriores en el contenido planteado. Se puede mostrar que la familia de los tropos, cuyos representantes son a menudo confundidos con los sobreentendidos, constituye una categoría independiente: el tropo presenta algunas características que lo acercan o que lo oponen tanto a lo presupuesto como a lo sobreentendido.

El tropo posee las mismas propiedades sintácticas que la presuposición: igual que ella, resiste a la interrogación, a la negación y a la subordinación: el sentido trópico de

(3) Un hombre es una isla

subsiste en

(3´) Ningún hombre es una isla

El sobreentendido y el tropo tienen a su vez en común hacer ver en la obra esta "lógica de lo ilógico" que estudia también la retórica de la argumentación. Algunos sobreentendidos pueden ser descritos bajo la forma de una confusión entre condición necesaria y condición suficiente, como en el célebre ejemplo alegado por Ducrot; no se dice la frase

(4) Si Pierre viene, Jacques se marchará

si se está de todas formas convencido de la marcha de Jacques; en el lenguaje natural, tal frase hace de la llegada del primero la causa de la marcha del segundo.

Pero el tropo se separa de lo presupuesto y de lo sobreentendido en dos puntos. El primero concierne a la responsabilidad de los interlocutores de la comunicación. En la presuposición, el locutor debe asumir la responsabilidad del sentido implícito, mientras que en el sobreentendido, la responsabilidad de ello incumbe exclusivamente al interlocutor, pudiendo siempre el primero parapetarse tras el sentido explícito de su enunciado. En el tropo, como ya se ha visto, el locutor y el interlocutor tienen una responsabilidad compartida en el acto de comunicación: el primero porque suscita necesariamente la obra de la lectura retórica por la producción del desvío alotópico, el segundo porque lleva esa lectura de forma muy personal elaborando el grado concebido completo.

El tropo se separa además de lo presupuesto y de lo sobreentendido en un segundo punto: la originalidad de su comportamiento con relación a lo planteado. Presuposiciones y sobreentendidos tienen en común efectivamente la propiedad de no descalificar la significación de lo planteado. Lo que sí hace el tropo: éste crea una impertinencia en el enunciado, impertinencia que no es simplemente corregida como se haría con un error.

Y se presiente que las leyes que autorizan a deducir sobreentendidos son semejantes a las que suscitan la descodificación del tropo. Se sabe que la isotopía es una de esas leyes. Pero la regla principal, que no he dejado de subrayar, hay que

buscarla fuera del enunciado mismo: es el mantenimiento del principio de cooperación. En la búsqueda de los mecanismos de producción del sobreentendido, Ducrot sugería también la existencia de reglas sociales, como la "licéite", junto a criterios como la economía del discurso: si decir de alguien

(5) No detesta el vino

puede sugerir que lo ame con pasión, sería porque un tabú pesa sobre la acusación de embriaguez. Pero esta hipótesis no es explorada de otra forma. El pragmatista duda a menudo al enunciar tesis que pongan en peligro el carácter insular del objeto lingüístico que construye. Este pudor no lo tiene el retórico, pues tanto la retórica de la argumentación como la retórica de las figuras nos animan al estudio del vínculo establecido entre el enunciado y lo que lo rodea.

6.3. Tercera expansión: hacia el mundo

Veamos a continuación la tercera expansión que conocen las ciencias del lenguaje. Es hoy cada vez más difícil separar la semántica de la enciclopedia, es decir, de la representación del mundo que la determina. Una semántica que rehusara esta relación permitiría como mucho dar cuenta de proposiciones analíticas, de las cuales se sabe que no tienen una utilidad social general, y sería impotente para dar cuenta de la más alejada de las comparaciones. Decir de una persona

(6) Corre como una cebra

no tiene sentido más que si se hace de "rapidez" un rasgo semántico de "cebra". Este tipo de determinación, que plantea un problema a la semántica clásica, se encuentra en todos los tropos: es modelada por la representación del mundo tanto como aquélla modela a esta última.

Si todas estas expansiones operan, ¿será aún de *lingüística* de lo que habrá que hablar? Algunos preferirán hablar quizás de *disolución*. Aceptemos la idea, observando que al reemplazar la lengua en el seno del conjunto de las prácticas de comunicación y de significación, no se hace otra cosa que llevar a cabo la realización de un programa propuesto por Saussure y precisado por Hjelmslev y Buyssens: el de un estudio de la vida de los signos en el seno de la vida social. De avanzar en la dirección de una semiótica de la que he intentado demostrar que no puede ser más que una ciencia cognitiva.

A este programa, las dos neorretóricas pueden aportar su contribución. Las dos han tenido una exigencia de rigor que no encontraban en las disciplinas que cubrían el mismo campo que ellas. Una y otra, íntimamente acercadas por la evolución actual de las ciencias del lenguaje y de la significación, pueden apoyarse en su proyecto de análisis general de lo particular, de análisis racional de lo no racional. Pues, efectivamente, en estos términos se enuncia el cometido de las dos:

Est-il exact que nous abdiquions l'usage de la raison sitôt que nous quittons le champ du formel? (...) La Rhétorique vient ici pour faire éclater la traditionnelle connexion du rationnel et du nécessaire, du non-nécessaire et de l'irrationnel et acheminer vers une conception élargie de la raison intégrant l'argumentation aux côtés de la démonstration. (Max Loreau)

BIBLIOGRAFÍA

[Module de recherches bibliographiques, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Lieja \(Dominio Semiótica\)](#)

ANSCOMBRE, Jean-Claude, y DUCROT, Oswald. *L'Argumentation dans la langue*, Bruselas, Mardaga, 1983.

BARILLI, Renato. Prólogo a Vasile FLORESCU, 1971.

----- . 1979, *Retorica*, Milán, Isedi, col. Enciclopedia filosofica.

BARTHES, Roland. «Rhétorique de l'image», *Communications*, nº 4, 1964, p. 40-50.

----- . «L'analyse rhétorique», en *Littérature et Société*, Bruxelles, Ed. del Institut de sociologie de l'ULB., 1967, p. 31-45.

----- . «La rhétorique», curso en l'École pratique des hautes études, 1964-1965; recogido en *RECHERCHES RHÉTORIQUES*, 1970, p.172-223 con el título de *L'Ancienne Rhétorique*.

BAUDELOT, Christian y ESTABLET, Roger. *Le niveau monte: réfutation d'une vieille idée concernant la prétendue décadence de nos écoles*, París, Le Seuil, col. L'épreuve des faits, 1989.

BOUCHÉ, Claude, DUBOIS, Jacques y KLINKENBERG, Jean-Marie. *Un discours en blanc: analyse du discours du «Bulletin des chambres syndicales de médecins»*, número temático de la *Lettre d'information du GERM.*, nº 114, 1978.

DEGUY, Michel. «Pour une théorie de la figure généralisée», *Critique*, nº 269, pp. 841-861.

DE LA RHÉTORIQUE AU POLITIQUE ET AU POÉTIQUE, número temático de *Critique*, nº 378, 1978.

DELCROIX, Maurice y HALLYN, Fernand (editores). *Introduction aux études littéraires: méthodes du texte*, Gembloux, Duculot, 1987.

DUCROT, Oswald. *Dire et ne pas dire: principes de sémantique linguistique*, París, Hermann, col. Savoir, 1980.

----- . *Le Dire et le Dit*, París, Éd. de Minuit, 1984.

FLAHAULT, François. «Le fonctionnement de la parole: remarques à partir des maximes de Grice», *Communications*, nº 30, 1979, pp. 73-79.

FLORESCU, Vasile. *La Retorica nel suo sviluppo storico*, Bolonia, Il mulino, 1971.

----- . *Retorica si neoretorica: geneza, evolutie, perspective*, Bucarest, Editura Academiei, 1973.

GARCÍA BERRIO, Antonio. «Retórica como ciencia de la expresividad (Presupuestos para una retórica general)», en *Estudios de lingüística*, nº 2, 1984, pp. 7-59.

GENETTE, Gérard. *Figures*, París, Le Seuil, 1966.

----- . *Figures II*, París, Le Seuil, 1969.

----- . «La rhétorique restreinte», in *RECHERCHES RHÉTORIQUES*, 1970, pp. 158-171; recogido in Genette, 1972.

----- . *Figures, III*, París, Le Seuil, 1972.

GENINASCA, Jacques. *Sémiotique*, en Maurice DELCROIX y Fernand HALLYN (editores), 1987, pp. 48-64.

GOFFMAN, Erving. *Les Rites d'interaction*, París, Éd. de Minuit, 1974.

- GRICE, H. P. «Logique et conversation», *Communications*, n° 30, 1979, p. 57-72.
- GROUPE m, *Rhétorique générale*, Paris, Larousse, col. Langue et Langage, 1970; reed. Paris, Le Seuil, 1982, col. Points n° 146.
- . *Rhétorique de la poésie: lecture linéaire, lecture tabulaire*, Bruselas, Éd. Complexe, Paris, PUF, 1977; reed. Paris, Le Seuil, 1990, col. Points.
- . «Miroirs rhétoriques», *Poétique*, n° 29, 1977, pp.1-19 (recogido en *Rhétorique générale*, ed. de 1982, pp. 201-218).
- (editor). *Rhétoriques, Sémiotiques*, Paris, UGE. col. 10/18 n° 1324 / *Revue d'esthétique*, 1979, n°1-2.
- . 1984a. «Avant-gardes et rhétoriques», *Les Avant-gardes littéraires au XXe siècle*, Budapest, Akadémiai Kiadó, vol. II, pp. 881-940.
- . *Traité du signe visuel: pour une rhétorique de l'image*, Paris, Le Seuil, col. La couleur des idées, 1992.
- . "Sens rhétorique et sens cognitif", *Recherches sémiotiques / Semiotic Inquiry (RSSI)*, vol. XIV, n° 3, 1994, número llamado *La Rhétorique et la Sémiotique / Rhetorics and Semiotics*, pp. 11-23.
- GUEUNIER, Nicole. «La crise du français en France», en Jacques MAURIS (editor), 1985, pp. 3-38.
- KLEIBER, Georges. «Métaphore: le problème de la déviance», en Roland LANDHEER (editor), 1994, pp. 35-56.
- KLINKENBERG, Jean-Marie. «La crise des langues en Belgique», en Jacques MAURIS (editor), *La crise des langues*, Québec, Conseil de la langue française, Paris, Le Robert, 1985, p. 93-145.
- . *Le Sens rhétorique: essais de sémantique littéraire*, Toronto, Éd. du GEF, col. Theoria, n° 1 / Bruselas, Éd. Les Éperonniers, 1990.
- . «Rhétorique de l'argumentation et rhétorique des figures», en Michel MEYER y Alain LEMPEREUR (editores), 1990, pp. 115-137.
- .1991a. «La définition linguistique de la littéarité: un leurre?», en Louise MILOT y Fernand ROY (editores), *La Littéarité*, Actas del Coloquio Internacional de Québec «La littéarité», Québec, Presses de l'Université Laval, 1991, pp. 11-30.
- 1991b. «Rhétorique et rhétoriques: une mise au point», en *Studia Universitatis Babeş-Bolyai*, serie Philologia, vol. XXXVI, n° 1-2, p. 145-174, número llamado *La Belgique francophone: lettres et arts* (edición Rodica LASCU-POP).
- . «Y a-t-il une rhétorique du roman? Les figures d'argumentation chez Jacques Godbout», en Louise MILOT y Jaap LINTVEET (editores), *Le Roman québécois depuis 1960: méthodes et analyses*, Québec, Presses de l'Université Laval, 1992, pp. 35-55.
- . «Métaphores de la métaphore: sur l'application du concept de figure à la communication visuelle», *Verbum*, n° 1-2-3, 1993, pp. 265-293.
- . *Sept leçons de sémiotique et de rhétorique*, Toronto. Ed. du GREF, 1996.
- . *Précis de sémiotique générale*, Paris, Le Seuil, 2000.
- KUENTZ, Pierre. «La Rhétorique" ou la mise à l'écart», en *RECHERCHES RHÉTORIQUES*, 1970, pp. 143-157.
- LACOSTE, Michèle. «Éléments de lecture», en *RECHERCHES RHÉTORIQUES*, 1970, p.

230-235.

LANDHEER, Roland (editor). LES FIGURES DE RHÉTORIQUE ET LEUR ACTUALITÉ EN LINGUISTIQUE, número temático de *Langue française*, n° 101, 1994.

LEMPEREUR, Alain. «Les restrictions des deux néo-rhétoriques», en Michel MEYER y Alain LEMPEREUR, 1990, pp. 139-158.

MAURIS, Jacques (editor). *La Crise des langues*, Québec, Conseil de la langue française / Paris, Le Robert, 1985.

MEYER, Michel. *Logique, Langage et Argumentation*, Paris, Hachette, col. Hachette Université, 1982.

MEYER, Michel, y LEMPEREUR, Alain (editores). *Figures et Conflits rhétoriques*, Bruxelles, Ed. de la Universidad de Bruselas, 1990.

MISSAC, Pierre. *Tropes, Tics et Trucs*, en AAVV, 1978, pp. 1017-1033.

MOESCHLER, Jacques, y REBOUL, Anne. *Dictionnaire encyclopédique de pragmatique*, Paris, Le Seuil, 1994.

MOREL Mary-Annick. «Pour une typologie des figures de rhétorique: points de vue d'hier et d'aujourd'hui», *DRLAV*, n° 26, 1982, pp. 1-62.

MOUNIN, Georges. *Travaux pratiques de sémiologie générale*, textos reunidos y publicados por Alain BAUDOT y Claude TATILON, prólogo de Claude TATILON, Toronto, Éd. du Gref, col. Theoria, n° 3, 1994, X-324 p.

PERELMAN, Chaïm. *Rhétorique et Philosophie*, Paris, PUF, 1952.

-----, y OLBRECHTS-TYTECA, L., *La Nouvelle Rhétorique: traité de l'argumentation*, Paris, PUF, 1958; 3ª edic., Presses de l'Université de Bruxelles, 1976.

-----, *Justice et Raison*, Presses de l'Université de Bruxelles, 1963.

-----, *L'Empire rhétorique: rhétorique et argumentation*, Paris, Vrin, col. Pour demain, 1977.

POZUELO YVANCOS, José María. *Del formalismo a la neorretórica*, Madrid, Taurus, 1988.

REBOUL, Olivier. *Introduction à la rhétorique*, Paris, PUF, col. Premier cycle, 1991.

RECHERCHES RHÉTORIQUES, número temático de *Communications*, n° 16, 1970; reed. Paris, Le Seuil, col. Points, 1994.

RICARD, François. *La Génération lyrique: essai sur la vie et l'oeuvre des premiers-nés du baby-boom*, Montreal, Boréal, 1992.

RICOUR, Paul. *La Métaphore vive*, Paris, Le Seuil, col. L'ordre philosophique, 1975.

ROSSI, Daniela. «Diagnose de l'écart: éléments pour une étude rhétorico-pragmatique de l'écart», memoria de licenciatura inédita, Universidad de Turín, 1992.

SCHIFKO, Peter, «L'interprétation sémantico-pragmatique de l'écart», *Le français moderne*, vol. LVI, n° 1-2, 1988, pp. 16-32.

SOJCHER, Jacques. «La métaphore généralisée», *Revue internationale de philosophie*, n° 87, 1969.

SPERBER, Dan y WILSON, Deirdre. «Remarques sur l'interprétation des énoncés selon Paul Grice», *Communications*, n° 30, 1979, pp. 80-94.

-----, *La Pertinence: communication et cognition*, Paris, Éd. de Minuit, 1989.

VIGH, Árpád. «L´Histoire et les deux rhétoriques», in GROUPE : (edición de), 1979, pp. 11-37.

[1] Traducción de Juana Castaño Ruiz. Una versión distinta de esta reflexión apareció en *Retórica y Texto* (ed. Antonio Ruiz Castellanos), Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 1998, pp. 61-78.

[2] Las recuerdo aquí. La máxima de *cantidad* concierne a la cantidad de informaciones que debe ser administrada: la contribución de un participante en el intercambio debe contener tantas informaciones como sean requeridas para este intercambio particular, pero no más. Ejemplo: si encuentro en una carretera la señal de "peligro: paso a nivel", es porque las autoridades responsables han considerado que el cartel "atención: peligro no precisado" no era suficiente; pero se ha considerado también que la señal "paso a nivel" bastaba, y, por ejemplo, no se han añadido detalles sobre los tipos de trenes aptos para pasar. Desde ese momento, como usuario de la carretera, acomodo mi comportamiento sobre esos datos, en los cuales confío. La máxima de *cualidad* concierne al carácter verídico de la contribución: el principio de cooperación postula que el participante no afirma lo que cree ser falso o aquello de lo que no tiene pruebas. En general, el servicio de carreteras no coloca señales /carretera principal/ para gastar bromas a los automovilistas que circulan de hecho por carreteras secundarias; y estos automovilistas acomodan su conducta con relación al dato "carretera principal". La máxima de *modalidad* concierne al carácter claro y no ambiguo de la contribución. La emisión de las señales viales tiene lugar de tal forma que el usuario no tenga que dudar entre "paso de trenes" y "paso de bisontes". La última máxima, llamada de *relación*, concierne a la pertinencia del intercambio. El usuario asume que la administración ha situado una señal porque había razones para hacerlo.